

“Nosotros somos el Medio”

En la Sala de Bienestar 2 el tiempo parecía detenido. Era como si la brisa verde que se asomaba por los ventanales quisiera colarse entre las palabras que aún no se decían. Afuera, el mundo seguía con su urgencia y su ruido, pero adentro, una vela encendida, delgada y silenciosa, abría el umbral hacia algo más hondo. La luz oscilante del fuego se resistía al imperio del aire acondicionado, que con su zumbido constante marcaba el ritmo de un silencio casi sagrado.

Maribel, la facilitadora, no solo invitó a encender una vela; invocó una presencia. “Aquí estamos”, dijo, y lo dijo como quien anuncia una revelación. Las mesas largas, organizadas en una gran figura cuadrada, parecían diseñadas no para discutir, sino para reconocerse, para que las miradas pudieran cruzarse como puentes sin peaje entre islas humanas llenas de historia y de fe.

“Nos vamos a encontrar a través de la palabra”, dijo Maribel. Pero lo que ocurrió ahí fue más que eso. Fue una lenta combustión de memorias, emociones y presencias. Fue un viaje hacia el alma del Medio Universitario, que no es lugar ni concepto, sino piel, suspiro y un latido compartido.

Los primeros en hablar lo hicieron como quien se quita una coraza. Dayana, con 16 años en la universidad, habló de privilegio. Olga, recién llegada, habló de regreso a casa. Carlos Felipe confesó amor por su rol, y José Luis dijo que su misión era acompañar. Juan Carlos, que tiene la preciosa habilidad de hablar como si escribiera, dijo que su tarea era ayudar a los estudiantes a enamorarse de sí mismos, mientras se enamoran de la universidad.

Fue entonces cuando se pidió silencio. No un silencio cualquiera, sino uno que se mastica y se respira. Nadie osó hablar. Solo se oía el viaje tímido de los lapiceros pariendo ideas, el zumbido artificial del aire que arrullaba la sala, y las velas... las velas seguían allí, danzando como si supieran que estaban siendo observadas por ojos que buscaban sentido.

-El Medio es el todo -dijo Olga-. Es cultura, es sello, es lo que no debe volverse paisaje.

José Luis dijo que definirlo sería limitarlo. El Medio, según él, es amplio, integrador y auténtico. Un espacio que siembra más que enseña.

Juan Carlos habló de semillas que se quedaban en la gente. Semillas que germinan cuando menos se espera.

Y entonces vino la confesión de todos: la dualidad entre lo fácil y lo difícil que es vivir el Medio. No basta con participar. Hay que encarnarlo, sentirlo, dejarse afectar. A veces -dijeron- ni los estudiantes ni los colaboradores saben qué es lo que tienen. No por indiferencia, sino por desconocimiento. Porque quizá nadie les dijo que allí, entre las aulas y los árboles, se tejía una experiencia transformadora.

Carlos Felipe se lamentó de no haber vivido más el Medio en su época de estudiante. Olga advirtió que vivimos hacia fuera y no hacia dentro, que el ser se diluye entre notificaciones y

agendas. José Luis pidió coherencia con el propósito superior. Juan Carlos habló de salud mental, de profesores desbordados, de silencios que duelen.

Todos, sin decirlo, pidieron lo mismo: un respiro.

El segundo momento del encuentro fue de introspección. “*Reconozco en mí*”, dijo Maribel. Y entonces, como si el silencio anterior hubiera sembrado humildad, los participantes se abrieron con generosidad.

Olga encontró en ese silencio el eco de los Ejercicios Espirituales. Carlos Felipe sintió el golpe de la crítica constructiva. José Luis se alegró al ver que todos allí habían vivido el Medio. Dayana se preocupó por sus compañeros que se pierden la experiencia por irse temprano a casa. Juan Carlos reconoció impotencia: tantas ideas y tan pocos canales para llevarlas a la acción.

Una preocupación común flotaba en el ambiente: “*¿Cómo acompañar al otro si no sabemos acompañarnos a nosotros mismos?*”.

Olga habló del cuerpo que escucha, pero que ya no es escuchado. De las relaciones confianzudas que olvidan el respeto. Carlos Felipe volvió sobre el tema de la participación, y José Luis propuso cambiar esa palabra por otra más encarnada: vivir.

¿Dónde experimentan armonía?, preguntó Maribel.

Las respuestas fueron suaves, como oraciones dichas al oído: *en el campus, en la capilla, en los gestos pequeños, en este mismo espacio donde por fin alguien se detuvo a mirar el alma de lo que hacemos.*

Al final, se cerraron los ojos. Cada quien contempló su llama interior, ese fuego tímido que a veces olvidamos alimentar. No hubo aplausos, ni fotos, ni actas. Solo una oración de San Francisco de Asís leída al unísono, como un conjuro, como una forma de sellar lo dicho con silencio sagrado. “*Señor, hazme instrumento de tu paz. Donde haya odio, que yo siembre amor...*”

Cuando salieron de la sala, la luz de una vela aún ardía. Nadie la apagó. Porque no era solo cera y fuego. Era símbolo. Era acto de fe.

Y aunque el mundo allá afuera seguía corriendo con su estruendo y su prisa, los que salieron de esa sala lo hicieron un poco más convencidos de que ellos son el Medio. De que este lugar no es solo una universidad, sino una casa común que cuida. Un espacio donde, si se tiene suerte -y un poco de silencio-, uno puede recordar por qué llegó aquí. Y para qué decidió quedarse.

Karen Ferrín

Javeriana Cali